

LA REPUBLICA Y EL URUGUAY

EN LA EXPOSICION DE CHILE.

La bien cortada pluma de un amigo nuestro ha trazado sobre las páginas de esta Revista un cuadro jeneral de la gran fiesta internacional que aun celebra Chile, cuadro (casi era escusado decirlo) lleno de chispa i animacion; pero que tiene el solo defecto de ser apénas un boceto.

La ESTRELLA DE CHILE, que ha guardado siempre un recuerdo de estos grandes acontecimientos del progreso del pais, no podia dejar en olvido uno de tanta importancia, i nuestro amigo tomó a su cargo la no liviana tarea de decir a los lectores de hoy i de mañana lo que habia sido la Exposicion Internacional de 1875. Desgraciadamente, circunstancias imprevistas le han impedido terminar su obra.

Nosotros vamos ahora a continuarla en parte, llenando al mismo tiempo algo que no podemos dejar de mirar como un deber. En efecto, un deber es para nosotros consagrar algunas páginas en esta Revista a los objetos remitidos a la Exposicion por la república del Uruguay, nuestra querida i desgraciada patria.

El jenio de la muerte i el infortunio sopla de nuevo sobre aquella tierra, tantas veces ajitada por el furor de las borrascas. La sangre jenerosa de los uruguayos empapa de nuevo las ricas llanuras de su patria, los hogares orientales a cubrirse vuelven de luto, las madres lloran en ellos la pérdida de sus hijos i el pais entero queda sumido en el dolor, la angustia o la desesperacion.

Tal es la situacion de esa república, ayer tranquila i feliz i a quien hoy han precipitado en un abismo de males la ciega ambicion de los unos i la impremeditacion i exaltado entusiasmo de los otros.

En medio de este estado de desconcierto i de ansiedad por que atraviesa el Uruguay, vino a sorprenderle la voz amiga de Chile, que le invitaba a esta hermosa fiesta de la civilizacion moderna en que hoy vamos a ocuparnos. El Uruguay ha acudido a ese llamado, dando así una prueba de simpatía por es-

te pueblo que, mas feliz que él, goza en fecunda paz de sus libertades i de las riquezas que ha sabido crear con su trabajo.

Fácil es comprender cuantas dificultades habrá sido necesario vencer para poder concurrir a la Exposicion Internacional; los objetos uruguayos que en ella figuran han sido recojidos en medio de la contienda civil i de la angustia i la ansiedad inmensa que domina al pueblo oriental.

Era necesario, sin embargo, manifestar a los hijos de Chile que aquella tierra no alienta solo soldados que sepan morir con gloria, sino que allí hai ciudadanos que honran al pais con su talento i su ilustracion; que no solo hai allí intelijencia para la guerra i entusiasmo por las luchas populares, sino que hai intelijencias brillantes que resuelven problemas mas fecundos que los de ganar batallas i corazones que arden en santo entusiasmo por todo lo que es ciencia, arte, progreso, i eso acaba de poner de manifiesto el Uruguay, a pesar de la angustiada situacion por que atraviesa en estos instantes.

Los pocos hombres que permanecen alejados de la lucha o aquellos a quienes ha respetado la borrasca han reunido a la carrera i a última hora todo lo que ostenta la seccion uruguaya en la Exposicion. Los que tal han hecho, complacidos deben estar i con razon, de su obra, que el pais sabrá agradecer debidamente.

Al Uruguay no debe, sin embargo, juzgársele por lo que ha exhibido en la Exposicion, aun cuando de la pobre manera que está representado no tenga que avergonzarse al lado de las demas repúblicas hispano-americanas. Por esto ántes de entrar a pasar en revista los objetos que se encuentran en la seccion uruguaya, vamos a permitirnos dar una idea jeneral de su estado de adelanto, sirviéndonos para ello de las luces de la estadística o de nuestros propios conocimientos.

La República del Uruguay es por su territorio la mas pequeña de todas las secciones sud-americanas; tiene solo 7,036 leguas jeográficas cuadradas de superficie.

Su poblacion no pasa de medio millon de habitantes; pero ningun Estado americano ha tenido un crecimiento tan rápido como esta República. En 1852 su poblacion alcanzaba apénas a 131,969 habitantes; en 1860 ascendia ya a 221,190 i doce años mas tarde no bajaba de 450,000; crecimiento tan rápido que deja mui atras aun los de los Estados Unidos i la República Argentina i que se debe a la numerosa inmigracion europea que acude a aquellas tierras hospitalarias, que encierran en su seno tantos jérmenes de futuro esplendor. La densidad media de la poblacion en el Uruguay es solo de 0.43 habitantes por quilómetro cuadrado, cuando la de Chile en la misma superficie es de 6 habitantes, la de Holanda de 94 i la de Béljica de 151. El Uruguay es un pais que empieza a poblarse, aumentando cada dia la rapidez de su extraordinario crecimiento. Este repentino desarrollo que observamos en la poblacion, se nota igualmente en todo; el comercio, las

rentas públicas, la industria, la instruccion, a pesar de las guerras civiles i las crisis económicas que han aquejado aquel pais, han adelantado de una manera sorprendente i que revela el espíritu de progreso que anima a sus habitantes. El valor del comercio de exportacion e importacion ascendia en el año de 1860 a la cifra de 17.000,0000 de pesos i en 1872 alcanzó a 34.349,256 pesos el valor de ese mismo comercio. En doce años se habia duplicado. El año de 1829, en que la Banda Oriental nació a la vida independiente, solo contaba con 757,000 pesos de renta para atender a los gastos de la nacion; en 1870 esas rentas eran ya de 10.204,696 pesos, habiendo aumentado catorce veces su valor en cuarenta años.

En Chile las rentas públicas en el mismo año alcanzaron a 18.000,000; pero no debe olvidarse que esta República cuenta con una poblacion por lo ménos cuatro veces superior a la del Uruguay.

Las llanuras del Plata han sido siempre miradas como unas de las mas aptas para la cria de ganados; pero sobre todo privilegiadas son las de la República Oriental, especialmente para la cria de ganado lanar.

Actualmente no existirán ménos de 20.000,000 de cabezas de ganado lanar, cerca de 8.000,000 de ganado vacuno i millon i medio del caballar.

Las razas de animales han sido notablemente mejoradas, sobre todo la raza ovejuna. En la Exposicion Internacional de Viena, las lanas uruguayas obtuvieron varios premios.

En un pais como el Uruguay, ajitado con frecuencia por serias conmociones políticas, no era posible que la agricultura pudiera alcanzar un gran desarrollo. La agricultura no puede prosperar o sostenerse sino en medio de una paz prolongada i cuando no se abruga el temor de que el azote de la guerra civil venga mañana a destruir en pocas horas el fruto de largo tiempo de trabajo. Este ha sido el obstáculo que ha detenido por tantos años el progreso de la agricultura i que ha paralizado el de las demas industrias. La escasez de la poblacion por otra parte i la falta de un impulso i una direccion intelijente de los intereses agrícolas fueron tambien parte a impedir ese adelanto; pero hoi felizmente esos obstáculos empiezan a desaparecer o han desaparecido ya i la agricultura comienza a aumentar, prometiendo ser fuente de inmensa riqueza para aquel privilegiado pais.

Las guerras civiles son ménos frecuentes i asoladoras, la poblacion aumenta cada dia, las máquinas reemplazan a los brazos, excesivamente caros en el Uruguay, i en la capital se ha establecido hace algun tiempo una sociedad destinada a velar por la industria agrícola, la cual cuenta entre sus 600 miembros, a los principales capitalistas i a los hombres mas distinguidos del pais. Esa misma sociedad, llamada la *Asociacion Rural del Uruguay*, ha establecido una revista quincenal consa-

grada exclusivamente a los asuntos relativos a la agricultura o a la riqueza territorial del país.

Las colonias agrícolas, establecidas en varios departamentos por sociedades particulares, han contribuido poderosamente al adelanto de la agricultura, así como la facilidad de comunicaciones.

Hai actualmente abiertas al público dos vías férreas, la central del Uruguay, que partiendo de Montevideo llega hasta la ciudad del Durazno i debe mas tarde prolongarse hasta la frontera i la línea que partiendo de la ciudad del Salto termina en el pueblo de Santa Rosa, situado en el límite con el Brasil.

La parte de la primera, que está entregada al dominio público, es de 200 quilómetros de extension i 120 la segunda.

Hai concedidas i no pasaran muchos años sin que estén terminadas, otras tres líneas férreas: la del este, que partiendo de la capital terminará en la frontera brasilera, en las márgenes del lago Merin; la del oeste, que debe unir a Montevideo con Nueva Palmira, hermoso pueblo que se halla sobre las riberas del rio Uruguay i a quien su privilegiada posicion asegura un porvenir de gran prosperidad i hará que ántes de muchos años sea una de las ciudades mas importantes de la República i finalmente otra línea de Montevideo a Fray-Márkos, en el interior del país.

Dentro de mui poco el Uruguay se verá, pues, recorrido por una red de ferrocarriles, así como hoi lo está por líneas telegráficas que unen la capital a casi todos los pueblos de la República, a Buenos Aires i a Europa.

Esas líneas férreas, facilitando la salida de los productos nacionales, ofreciendo a los campesinos seguridades i comodidades de que ántes carecian, derramando en las desiertas campiñas uruguayas los millares de inmigrantes que llegan anualmente de Europa, poniendo a los pueblos del interior a un paso de la costa, contribuirán inmensamente a aumentar la riqueza del país i harán mas por la paz de la República que todas las peroratas de los políticos i las cargas i mandobles de los militares. Esas vías tienen ademas otra ventaja para el país i es que atraerán a Montevideo i los puertos del Uruguay todo el comercio de la provincia brasilera del Rio Grande del Sur i el de la provincia arjentina de Entre-Rios.

En medio de las frecuentes i tremendas borrascas que han amenazado despedazar al pueblo oriental, los gobiernos que han rejido sus destinos, agobiados por las imperiosas atenciones del momento, poco han hecho por la instruccion pública; pero allí felizmente los individuos han aprendido a no esperarlo todo de la accion de la autoridad i la iniciativa individual, en esto como en muchas otras cosas, ha sabido reemplazar talvez con ventaja a la accion de los gobernantes. No es el Uruguay uno de los pueblos mas adelantados por su instruccion; pero se encuentra, sin embargo, a mucha mayor altura que otros pueblos hispano-

americanos. Los últimos datos que tenemos han sido tomados el año de 1872. Habia entónces en las escuelas del Estado 37. alumnos por cada mil habitantes; pero de entónces acá los establecimientos de instruccion han aumentado mucho i hoi esa proporcion debe ser mucho mas halagüeña.

Si se compara este estado de la instruccion con algunos principados alemanes, donde hai educándose 175 alumnos por cada mil habitantes, o con el de la Béljica, donde existe uno por cada ocho, indudablemente que la República Oriental debe considerarse como un pais mui atrasado; pero no es con esos paises con los cuales debe establecerse una comparacion, sino con las demas naciones sud-americanas. Chile, en medio de su paz octaviana i la proteccion que sus gobiernos han dispensado a la instruccion del pueblo, contaba el año 1871 con solo 40 alumnos por cada mil almas i la provincia de Buenos Aires 51 por el mismo número de habitantes, miéntras que el imperio del Brasil tiene apénas por el mismo número de habitantes 20 niños que se instruyan en sus escuelas. Esto acontece en las provincias mas adelantadas del imperio, como las de Alagoas i Ceará, pero hai otras provincias condenadas a tal estado de atraso i embrutecimiento, como las de Goyaz i Piahuy que solo se encuentran por cada millar de pobladores cinco alumnos que reciban algunos asomos de instruccion.

El progreso de la enseñanza ha sido en el Uruguay tan rápido como el de su poblacion i su riqueza; baste decir que en 1860 se educaban en el departamento de Montevideo solo 1,228 alumnos i que doce años mas tarde esa cifra ascendia ya a 5,805. Con estos datos no nos parece una temeridad asegurar que ántes de mui pocos años el Uruguay no tendrá nada que envidiar en materia de instruccion pública a sus hermanas las demas repúblicas hispano-americanas.

El temor de tener fatigados a los lectores con estos datos nos priva del placer de entrar a pasar una lijera revista a las producciones i al estado de la industria en el Uruguay; pero algo tendremos oportunidad de decir al hablar de los objetos que ha remitido a la Exposicion.

Un dato mas ántes de concluir por hoi, i perdónesenos, por ser sobre el periodismo i el adelanto literario.

Se publican actualmente en la capital, a pesar del estado anormal por que atraviesa el pais, ocho diarios, cinco de ellos de gran formato, casi todos por imprenta a vapor i tres con fundicion de tipos. Ven ademas la luz pública en Montevideo cinco periódicos semanales o quincenales i casi todas las demas ciudades i pueblos de la república cuentan con una o mas publicaciones periódicas. Puede calcularse que se publican en el Uruguay un ejemplar por cada veintiseis habitantes, lo que coloca al pais en una situacion mas ventajosa que la de muchos pueblos europeos. Existen en varios departamentos bibliotecas populares, fundadas

i sostenidas por el pueblo mismo. Hai en Montevideo cuatro sociedades científico-literarias, donde una brillante i numerosa juventud trabajaba hasta ayer con increíble entusiasmo en el cultivo de su intelijencia i su corazon; hoi el soplo de la revolucion ha convertido en soldados o arrojado de la patria a sus miembros; pero esas sociedades no han muerto, el impulso está dado i el pais volverá mui pronto a seguir su camino de adelanto i enriquecimiento.

Los antiguos partidos que cubrieron al pais de luto durante tantos años han desaparecido al fin, aniquilados en gran parte por los esfuerzos de esa misma juventud que entra a la vida política con el alma ardiendo en ansia de paz, de órden i progreso. Una violenta reaccion contra el pasado se opera hoi dia en el Uruguay i nada podrá detenerla.

La borrasca por que atraviesa en estos instantes es precisamente una consecuencia de ese impulso saludable i del aniquilamiento de los antiguos partidos bajo el peso de las nuevas ideas i aspiraciones de la mayoría de los orientales.

El porvenir pertenece a la juventud; la juventud uruguaya mira ya la revolucion como un gran crimen i desea solo paz, trabajo, libertad i todo eso eso mañana será una realidad en el Uruguay.

CÁRLOS A. BERRO.

(Concluirá.)

NOCHE-BUENA.

I.

Todo es músicas i flores
I sonar de la vihuela,
Porque ésta es noche de gloria,
Porque ésta es noche de fiesta
I se oyen en todas partes,
Los cantos de Noche-buena.

Todo revive i se anima
Para celebrar la fiesta
Del Niño, que un pesebre
Nació por salvar la tierra,

I las palabras de amores
De los mozos i doncellas,
I los requiebros i risas,
I las burlas i finezas
Se confunden con los gritos
De los dueños de las ventas;
Mientras dentro de las carpas,
Al sonar de la vihuela,
Danzan alegres comparsas
La popular *Zamacueca*

II.

“¡Morena, flor de las flores,
Cierra tus ojos morena!
Que esos ojos que me abrazan,
Que esos ojos que me quemán
El corazón, si no me amas,
A la muerte me condenan,
Pues yo no quiero vivir,
Si no aceptas mis promesas
De darte el alma i la vida,
I cuanto en la vida tenga,
Por retenerte a mi lado,
I un cielo hacer de la tierra,
Cantándote mis amores
Al sonar de mi vihuela.”

Así canta a Rosalía,
Linda moza dominguera,
Miguel que diera hasta el alma
Por conseguir esa prenda,
Que aunque amiga de festejos,
I aunque todos la rodean,
Conserva aun en su pecho
Las flores de la inocencia
Con su nativa frescura,
Aunque a amarillear empiezan
A las ardientes miradas
Del amante que las quema.
I a las palabras de amores,
Aunque esos amores mientan,
La niña siente en el alma
Una languidez extrema,
I en sus ojos de azabache
Un no sé qué se revela,
I sus labios ya responden
A finezas con finezas.

Pero entre tanto la danza
Rompe al sonar de las cuerdas,
I Miguel i Rosalía
Tambien se mezclan en ella.
¡Cómo se juntan, se apartan!
¡Cómo se huyen, se acercan!
¡Cómo baten los pañuelos!
¡Cómo en sus jiros remedan
Del amor i la inconstancia,
Del desden i las finezas,
La del teatro de la vida
Antigua i constante escena!
¡Nadie como ellos en gracia!
¡No hai mas hermosa pareja!
¡Nadie hai que lo imite en garbo!
¡Nadie mas linda que ella!
¡Viva la flor de la gracia!
¡I viva la Noche-buena!

III.

“¡Morena del alma mia,
Si mis amores aceptas,
Toma este ramo de flores,
De flores de Noche-buena,
Verde, como mi esperanza
Que a florecer ya comienza!”

El galan con su sonrisa
Así dice a la doncella
Que lo mira con sus ojos
Con sus ojos de hechicera,
Mientras óyense a lo léjos
Los cantos de Noche-buena,
I a misa de gallo tocan
Las campanas de la iglesia.

La niña siente en el alma
Una voz que la aconseja,
I que la dice en silencio
Con acento de tristeza:
“Jesus nace en un pesebre,
Marcha a adorarle, morena.”
Pero ella presa en los lazos
Que allí la tienen sujeta,
“Mi madre ruega por mí;
Yo me divierto por ella”
Dice, algun tanto confusa,
No sin recelo i sin pena.

Linda niña, sol de soles,
Si aun conservas tu pureza,
Si cual tu blanco vestido
Tienes el alma tan bella,
Deja tus ojos de cielo,
Deja tu gracia, morena,
Para otras noches de gloria,
Para otros dias que vengan,
Que las campanas te llaman,
Que las campanas te esperan.

Pero ¡ai! la danza es su vida,
I ya la danza comienza,
I se oyen en todas partes
Los cantos de Noche-buena.

IV.

Ya el alba con su sonrisa
Las avecillas despiertan,
Que la saludan cantando,
Cantando la norabuena.

“¿Qué es ¡ai! de la dulce niña,
La salada, la hechicera,
La de los dormidos ojos,
La de carita risueña,
Tan pura como los ánjeles,
Como los ánjeles bella,
Que la amaban tanto, tanto,
Que hasta sus gracias le dieran?
¿No la visteis, no la visteis
Marchar a la Noche-buena
Anhelante de esperanzas,
Soñando dulces quimeras?
¿No la visteis en la noche,
Como mariposa aérea,
Entre luces i entre flores,
Danzar alegre en la fiesta
La danza de los amores
Al compas de la vihuela?”
Así, la madre llorando
Dice a todos los que encuentra.

No llores, madre, no llores,
Que el cielo te la conserva,
Que los ruegos de una madre
Nunca el viento se los lleva.

Es la misma dulce i pura,
La salada, la hechicera
¿No la ves allí? Un mancebo
Con fementidas promesas
Su amor robarte procura.
Corre, madre, el tiempo vuela,
Que ya el alba va estinguendo
Los cantos de Noche-buena.

JAVIER VIAL SOLAR.

DOS ODAS DE HORACIO.

A NEERA.

Era la noche; en el azul sereno
Entre astros mil i de mas ténue brillo
Resplandecia Diana; en ese instante
Mi boca un juramento te dictaba
I tú, perjura i cruel, lo repetias,
Insultando a los dioses. Con tus brazos,
Con tus brazos suavísimos ciñéndome,
Mas fuertemente que la débil hiedra
Al tronco secular, “juro, decias,
Amarte siempre, como tú me amas,
Mientras el lobo a la ovejilla espante;
Mientras Orion, del náuta el enemigo
Al tempestuoso piélago conmueva;
Mientras el aura con su soplo meza
La cabellera aurífera de Apolo.”

¡Ah Neera, Neera! ¡Cuántas penas
Va a traerte mi rabia i mi despecho.
¡Oh! si de hombre el título merezco,
No sufriré, lo juro, que prodigues
A otro tus caricias! En mi rabia
Otro amor buscaré digno del mio,
¡Si a cerciorarme llego de tu engaño,
No creas, nó, que pasará mi enojo!

¡Oh, quien quiera que seas, venturoso
Mortal afortunado que al presente
Gozas viendo mi mal! . . . aunque tus campos
Inmensurables sean; aunque tengas
Numerosos rebaños, i el Pactolo
Sus arenas preciosas te regale;
Aunque por tí Pitágoras renazca
I sus misterios sepas; aunque venzas
En belleza al bellissimo Néreo:
¡Triste de tí! con lágrimas amargas
Llorarás ese amor que fué ántes mio
I entónces con cruelísimos sarcasmos,
De tí me vengaré i de tu jactancia.

A LOS ROMANOS.

¿A dó correis, crueles? ¿Por qué causa
Llevais en vuestras diestras los aceros,
Tanto tiempo guardados? ¿Creeis acaso
No suficiente la romana sangre
En el mar i en la tierra derramada?
No la guerra llevais contra Cartago,
Rival de vuestra patria; vuestro intento
No es llevar al Breton, aun sin hierros,
A traves de Via-Sacra: ¡Nó, romanos,
El impulso no es ese que os dirige!
Vais ¡oh vergüenza! a complacer al Partho,
¡Vais a destruir a Roma! No mas crueles
El tigre i el león son que vosotros.
¿Es un ciego furor el que os domina,
O una fuerza mayor que vuestra fuerza,
O vuestro propio crimen? Contestadme
¡Callan! La palidez cubre sus frentes,
El estupor sus labios enmudece.
¡No hai remedio! Funesto es el destino
Que sobre Roma pesa. Son los frutos,
Del negro crimen del perverso hermano;
I la sangre por Remo derramada,
Sobre vosotros ¡oh romanos! cae.

Diciembre de 1875.

J. R. S. E.

HIMNO.

CORO.

María, sálvanos,
¡Madre de amor!
¡Madre dulcísima
Del Redentor!

I.

Flores sin cuento
Brotó hechicera,
La primavera,
Solo por tí.
Reina en las almas
Casta alegría:
¡Madre María!
¡Virgen feliz!

II.

En torno suenan
De tus altares
Tiernos cantares
De fé i de amor.
A tí piadosa
Llegue inspirada,
La voz sagrada
De la oracion.

III.

Da al aflijido
Grato consuelo,
La luz del cielo
Da al pecador.

I al que te invoca
Fiel i confiado,
Dale el sagrado,
Divino amor.

IV.

Enciende al mundo,
Madre clemente,
De fuego ardiente
De caridad.

Da fé al que lucha
Firme en la tierra,
En dura guerra,
Con la maldad.

V.

Madre eres nuestra,
Vírjen María;
En tí confía
Tu pueblo fiel.

Oye sus votos,
Mira su llanto:
Tu ruego santo
Se alce por él.

VI.

Madre te llama
Mi patria hermosa;
¡Madre amorosa,
Su amparo sé!

¡Jamás domine
La duda impía
Donde hoi, María,
Reina la fé!

AMIR.



EMILIO BELLO.

¡Triste cosa es tener que grabar en el libro de los recuerdos el nombre querido de un compañero de la infancia, que deja la vida cuando aun no termina la juventud!

A los amigos de otros días que han dejado de existir tenemos que añadir uno mas, Emilio Bello, jóven i entusiasta poeta, soñador de glorias en otro tiempo i lamable compañero en las tareas literarias, cuya memoria jamas olvidamos, apesar de haber vivido mutuamente alejados por diversas circunstancias de la vida.

Emilio Bello era poeta como su padre i culto como él en el lenguaje i en las formas. Era mui niño cuando comenzó a arrancar a su lira tiernas i delicadas armonías, que despertaron el entusiasmo de nuestra sociedad, tan poco sensible siempre a los ardientes trasportes de la poesía.

Bajo la direccion de su sabio padre habia formado su gusto i los precoces frutos de su ingenio eran el orgullo del noble anciano, que esperaba dejar en ese hijo de su vejez un digno heredero de su nombre.

I en verdad que Emilio Bello pudo añadir mas de un timbre a las glorias literarias de su familia. Aunque su musa no era la musa de las grandes inspiraciones; aunque él no habia nacido para entonar como Olmedo el himno épico de nuestras grandes glorias; sabia, sin embargo, cantar los afectos tiernos del alma, hallando mas de una vez en su lira notas dulcísimas que conmovian suavemente el corazon.

Pocas son las obras que nos deja, salvo lo que hemos oido decir que tiene inédito i que es para nosotros desconocido. El catálogo de sus producciones ocuparia pocas líneas; pero entre esas pocas obras se encuentra una bellísima imitacion de Víctor Hugo, titulada *Paseo*, que nos recuerda la musa de su padre, pieza llena de sentimiento i mui esmerada en su ejecucion.

Entre sus poesías orijinales se halla la bellísima anacreóntica titulada *Plegaria*, que copiamos en seguida, como la muestra mas acabada de su culto ingenio. Es una composicion escrita para un álbum, circunstancia que hace resaltar mas su mérito.—Dice así:

PLEGARIA.

Escucha, niña amable,
La de la azul pupila,
La de las trenzas de oro,
La de infantil sonrisa,

Escucha la plegaria
Que enamorada i fina
El alma mia al cielo
Eleva por tu dicha:—

¡Señor! cubre de flores,
Señor, de abrojos limpia
La senda do lijera
Posa su planta Silvia.
Aurea copa a sus labios
Hoi la inocencia brinda:
No permitas que en ella
Mezcle el dolor su acíbar.
Nunca al cojer las rosas
La hieran las espinas,
¡Nunca en el cielo nubes
Halle, si al cielo mira!
Graciosa siempre i bella
I feliz i tranquila
Atraviese, alma pura,
El mar de nuestra vida,
Como atraviesa el cisne
Las aguas cristalinas
Sin que manche sus alas
El cieno de la orilla.

Emilio Bello escribía así. Jamas enlodó su pluma en el fango del materialismo grosero. Fué el cantor del amor puro i de las flores, el bardo del sentimiento i de la ternura.

Al consagrar estas líneas a la memoria del hombre i del poeta, no podemos olvidar la amistad que nos unió al primero i el entusiasmo con que aplaudimos siempre los triunfos literarios del segundo. Hoi que no existe, i que dormido en el sueño eterno goza de una existencia mejor, como debemos esperarlo de todo aquel que espira como él alentado por la fé i los dulces consuelos de la relijion i la piedad; ya que no tenemos una flor fresca i delicada que arrojar en su tumba, una de esas flores que brotaban de su bella fantasía; le ofrecemos el único tributo que está en nuestra mano rendirle ¡nuestros recuerdos i nuestras lágrimas!

ENRIQUE DEL SOLAR.



UN AMIGO VERDADERO.

I.

Escribimos esta historia tal como nos ha sido relatada.

En 1848, Antonio Raymond era ingeniero de puentes i calzadas en uno de los departamentos del este. Algunos enemigos i envidioso, (jente que abunda en todas partes) lo malquistaron con el gobierno de la república, i fué destituido. Le quitaron el pan, ¿por qué? tuvo el orgullo de no preguntarlo.

Poco tiempo despues, un banquero a quien habia confiado sus ahorros (unos quince mil francos) quebró fraudulentamente i se huyó a Béljica, con los bolsillos atestados, probablemente, de oro i de billetes de banco. Esta pérdida, que en otros momento no hubiera sido mas que un accidente secundario, le fué mui sensible.

Privado de su empleo, sin esperanza de encontrar fácilmente otra ocupacion, su situacion le pareció espantosa, mas que por todo, por las escaseces que tenia que imponerse su jóven esposa, a quien amaba ardientemente. Ambos no poseian sino algunos centenares de francos, que servirian para tres o cuatro meses; pero, ¿i despues? ¡Dolorosa pregunta! I todo esto no era nada aun. Una tercera desgracia, la mas terrible, estaba reservada a Antonio Raymond. Hacia escasamente mas de un año que se habia casado; i al dar su nombre a una jóven huérfana, sin fortuna, habia hecho lo que se llama un matrimonio de inclinacion; su corazon i su razon habian procedido de acuerdo, las preciosas cualidades de la huérfana eran un tesoro, i este tesoro, jeneralmente poco estimado hoi, equivalia a un dote. Por lo demas, no tuvo nunca sino motivos para congratularse de la eleccion que habia hecho. Durante un año no hubo para el matrimonio sino dias de alegría.

La señora Raymond era una de esas naturalezas delicadas i sensibles, en las que obra violentamente la menor impresion.

Esta sensitiva debia encontrarse sin fuerza en la hora de las pruebas.

La resignacion es la mas santa, aunque tambien la mas rara de las virtudes. La señora Raymond se afectó vivamente, cayó enferma, viéndose obligada a guardar cama. La ciencia del médico, i sobre todo, la ternura i cariñosos cuidados de su esposo debian dominar la fiebre; desgraciadamente al séptimo dia se declaró una conjestion cerebral. Despues de dos horas de sufrimientos i de-

lirios, la jóven enferma exhaló el último suspiro en los brazos de su esposo.

Renunciamos a describir el dolor i la desesperacion del desgraciado Raymond: no seria posible dar sino una idea incompleta. Hai cosas que no pueden traducirse a idioma alguno.

Sentado en la habitacion de aquella que tanto habia amado, delante del lecho en que habia fijado sus labios por última vez sobre su frente pálida i helada, Antonio Raymond pasaba largas horas entregado al mas acerbo dolor. Llamaba la muerte a gritos; pero la muerte se habia contentado con una víctima, i no le queria.

—Mi vida está ya terminada, exclamaba una tarde, miéntras echaba una triste mirada alrededor suyo; me falta la fuerza moral i la desanimacion se ha apoderado de mí. ¡Ah! ¿dónde está su sonrisa, que me hacia tan confiado i feliz? ¿Ya no escucharé mas su voz, aquella voz que me daba la fuerza, la intelijencia, el valor, la voluntad? La injusticia de los hombres me habia herido; pero Clara estaba ahí, i yo confiaba en el porvenir. ¡Hoi ya no existe ella; el presente es lúgubre, el porvenir siniestro! ¡Al perderla, lo perdí todo! ¡Estoi hundido, ya no soi nada! ¡I estar condenado a vivir! ¿Qué hacer? ¿en qué ocuparme? ¿a dónde ir? Ya no está a mi lado quien como ántes me diga: “¡Marcha! si vacilas, yo te sostendré; si dudas, te daré la fé.” Todo lo que tengo ante mí se convierte en obstáculos. Los caminos están obstruidos con espinosas zarzas. Me rodea el desierto. . . . ¡Ah! estoi solo, solo en el mundo! . . . En aquel momento un perro blanco, de la especie mas bella, que estaba acostado en un rincon del cuarto, con los ojos fijos en su amo, se levantó i vino, con su dulce sonrisa, a colocar sus manos sobre las rodillas del ingeniero.

¿Por qué habia dejado su sitio?

¿Habia comprendido, acaso, las palabras de su amo, o bien esba cansado de esperar inútilmente una palabra o una mirada? ¡Qué importa! su actitud indicaba una protesta. Su expresion, el movimiento de su cabeza, el de su cola, sus intelijentes ojos, todo parecia decir:

—Te quejas sin razon, amo mio; dices que nadie te ama, que estás solo en el mundo, ¡me olvidas, pues! ¡Oh! ¡haces mal!

Antonio no interpretó de otro modo el mudo lenguaje de su perro.

—¡Mi bravo Medoro! dijo, acariciando con la mano la cabeza del animal, no pensaba en tí, soi un ingrato. Tienes razon, no estoi solo en el mundo, puesto que te tengo a tí, siempre fiel i consagrado a mí. Sí; tú me amas, no lo puedo dudar. Me seguirás a todas partes, mi pobre amigo, no nos separemos jamas, i compartirás conmigo mi buena o mala fortuna.

Por contestacion a estas palabras afectuosas, Medoro se levantó, apoyándose en sus patas de atras, i tocó con su lengua la

frente de su amo. Despues, en su alegría, se puso a saltar por todo el cuarto.

Quince dias mas tarde, Antonio Raymond se dirijia a Paris.

II.

Antonio tenia la esperanza de encontrar mas fácilmente un empleo en Paris, la ciudad de los grandes recursos; se hallaba obligado a trabajar, pues solo le quedaban ya algunos francos en el fondo de la bolsa, i eran dos los que tenian que comer de ellos, él i Medoro.

Desgraciadamente, en Paris escaseaba el trabajo en aquella época, tanto como en las ciudades pequeñas de las provincias; Antonio lo notó bien pronto. El cepillo i la sierra no se ejercitaban ya en la madera, ni se escuchaba el golpear de los martillos sobre el hierro. Industria, comercio, artes, todo parecia muerto. Los talleres, las fundiciones, las manufacturas, habian cerrado sus puertas, i el gobierno, sin saber qué hacerse, i queriendo acallar a los hambrientos, enviaba doscientos mil brazos a partir piedras al parque Monceaux i a la puerta Maillot. Esto no impedía que los descontentos gritasen, que se levantasen, i que por un sí o por un nó, corriesen a las armas. La atmósfera estaba llena de clamores i de ruidos siniestros. En cuanto Antonio se hubo dado cuenta exacta de la situacion de Paris, comprendió que antes de encontrar un empleo, él i su perro tendrian sobrado tiempo para morir de hambre. ¡Porvenir poco animador!

Sin embargo, no perdió su valor por completo; hizo numerosas tentativas sin resultado favorable alguno; por la tarde, cuando entraba en su pequeño aposento, una caricia de Medoro le consolaba.

Entónces decia, tratando de sonreir:

—Esperemos, Medoro, esperemos; ¡quién sabe! mañana tal vez seré mas afortunado.

I así, de esperanza en esperanza, llegó a sus últimos centavos i a su último pedazo de pan, del que hizo dos mitades, la una mayor que la otra, la primera fué para Medoro; al dársela, los ojos de Antonio se llenaron de lágrimas.

—Come, Medoro, come, dijo, tú no estas acostumbrado al pan seco, ni yo tampoco, mi pobre amigo; pero por hoi es preciso contentarnos; come, mañana ayunaremos sin duda.

El perro habia escuchado atentamente, al parecer, las palabras de su dueño; exhaló un suspiro, miró con tristeza su pedazo de pan i se acurrucó cerca de él, sin tocarlo.

—¡Oh! Medoro, te haces el desdeñoso, i eso no está bien. Mañana temprano te considerarás mui feliz al encontrar ese pedazo de pan que desprecias hoi, exclamó el jóven.

Recojió el pedazo de pan i lo puso sobre la mesa, al lado del otro, que todavía no habia tocado. Entónces el perro se levantó, colocó sus manos en los borde de la mesa, adelantó la cabeza, abrió la boca i tomó su cena. No habia querido la porcion mayor tomó la mas pequeña. Antonio no pudo contener sus lágrimas.

Pasó una noche sumamente ajitada preguntándose el medio de salir de aquella penosa situacion.

El tenia algunos amigos en Paris a quienes habia visto ya, uno tras otro.

Dos o tres de ellos le habian prometido ocuparse en él: pero con la intencion de no hacer nada; en cuanto a los otros, a aquellos que en realidad podian servirle, Antonio se sentia dominado por una extrema timidez. El aspecto del rico desconcierta al pobre; el que es desgraciado no se atreve a acercarse a las personas felices; entre los que se hallaban poco mas o ménos en una posicion social semejante a la suya, Antonio habia sido cariñosamente acojido; desgraciadamente nada podian hacer por él.

En su mayor parte eran casi tan pobres como él; unos sufrían por la crisis industrial; otros se veían sobrecargados de obligaciones. Antonio soñó en pedir prestado un centenar de francos. Pero ¿a quién? ¿dónde? ¿Cien francos! ¿Los encontraria? Era indispensable buscarlos, sin embargo. La miseria se presentaba ante él amenazante i cruel; a cualquier precio queria evitarla.

—Iré a ver a Dumont, se dijo; es un amigo de la infancia, tiene buen corazon, le pediré este favor; es de los pocos a quienes puedo hablar con franqueza; no le ocultaré nada, i conocerá mi situacion tal cual ella es.

A la mañana siguiente, en efecto, Antonio fué a ver a su amigo.

Dumont le escuchó tristemente, con los ojos bajos.

—Mi querido Antonio, respondió, no sabes tú toda la pena que me produce el oírte hablar. Me pides cien francos, i escasamente tendremos cincuenta en casa. Mira, mi establecimiento está lleno de mercancías que no se venden i que tengo que pagar de cualquier modo a los fabricantes. Para no desacreditar las firmas de mis corresponsales i la mia, ya he tenido que tomar a interes fuertes sumas de dinero, i aun me veré forzado a tomar otras nuevas. La suspension de pagos o la quiebra, me aterran, i espero poder escapar sin sucumbir; hasta hoy he hecho frente a todos mis compromisos; desgraciadamente el crédito no es ilimitado; si la crisis dura algunos meses mas, mis recursos se agotarán, es decir, me arruinaré. Tú ves bien, mi pobre amigo, que no me niego a servirte, estoi, al contrario, angustiadísimo por no poner a tus disposicion, como hubiera podido hacerlo el año pasado, no cien miserables francos, sino uno, dos o tres billetes de a mil.

Al llegar aquí Dumont tomó la mano del ingeniero.

—No te entristezcas demasiado, ni te desesperes tampoco. In-

teligente, trabajador, i tenaz como eres, és imposible que no llegues a encontrar un empleo digno de tu mérito. Miéntras tanto, tienes un cuarto en mi casa i un cubierto todos los dias en nuestra mesa.

Antonio trató de escusarse de aceptar; Dumont le interrumpió, diciéndole:

—Es una cosa convenida, lo exijo, lo quiero. Concede por lo ménos este derecho a mi amistad. Por otra parte, agregó sonriéndose, tú sabes el proverbio: “Cuando hai para tres, hai para cuatro.”

III.

Una mañana en que nuestro ingeniero se hallaba ocupado en escribir algunas cartas solicitando empleo, a las que probablemente aguardaba, como a tantas otras, la callada por respuesta, Dumont entró en su cuarto.

—¡Buena noticia! exclamó con acento alegre.

—¿De qué se trata? preguntó Antonio.

—Te he encontrado un empleo. Soberbio, inesperado. Solo que es léjos de Paris.

—¡Oh! amigo mio, eso no importa, iré a donde quieran, aunque fuese a la Patagonia.

—Nó, no está tan léjos; i puesto que irias a la Patagonia, supongo que de buena gana te irias a Burdeos.

—Explícame....

—Escúchame: anoche la casualidad me hizo hablar en una tertulia al propietario de una fundicion importante; se quejaba de no encontrar un hombre suficientemente capaz de secundarle en la direccion de los trabajos que se verifican en su casa. Se trata principalmente de construcciones de máquinas de vapor, i de otras clases.

Despues de haberle escuchado atentamente, tomé la palabra para hablarle de tí, i, sobre todo, de los estudios que has hecho. Es preciso creer que desplegué una elocuencia rara, porque exclamó entusiasmado: “¡Hé ahí mi hombre!” i vengo, en una palabra, a acompañarte a su casa, calle de Santo Tomas, hotel de Francia e Inglaterra.

Antonio cambió de ropa a la carrera, i los dos amigos se dirigieron juntos al punto indicado.

El señor Darneton (que tal es el nombre del constructor) los aguardaba; hizo numerosas preguntas al ingeniero, i quedó encantado con sus respuestas tan satisfactorias como modestas.

—Al hablarme de usted ayer, dijo Darneton, su amigo me dió de los conocimientos i de la persona de usted una opinion mui favorable; al presente estoi convencido que desempeñará perfec-

tamente su cometido. Pasado mañana me iré de Paris i espero llevármelo a usted conmigo; ahora lo que únicamente deseo es que usted me diga cuáles son sus condiciones.

—Esas condiciones, señor, serán las que usted mismo determine.

— Me embaraza algo, replicó el bordeles sonriendo; pero voi a tratar de olvidar por un instante mi interes para pensar en el de usted. El sueldo de usted será de cuatro mil francos anuales, i tendrá, ademas, segun la expresion consagrada, casa i comida. ¿Cree usted que es bastante?

—Sí, señor, i puede usted contar con todo lo que valgo.

—Cuento con ello; i me prometo, por otra parte, ser siempre consecuente con usted: pasado mañana, pues, a las seis i media en el camino de hierro; seis i media en punto.

Los dos amigos se levantaron i se dirijieron a la puerta; pero en el momento de salir, Antonio se detuvo:

—Usted dispense, señor, dijo a su nuevo patron, con alguna vacilacion; he olvidado decirle....

—Es necesario no olvidar nada; diga usted; le escucho.

—Es que.... no soi solo.

—¡Ah! su amigo me parece que me dijo que era usted viudo.

—En efecto, lo soi.

—I sin hijos.

—Todo eso es desgraciadamente cierto; pero tengo un perro.

—¡Un perro! ¡Demonio, demonio! dijo Darneton contrariado.

Despues de un momento de silencio, agregó:

—Es preciso que usted se deshaga de él, que se lo dé a alguien.

—¡Separarme de mi perro! exclamó Antonio, ¡imposible, señor, imposible!

—¡Ah! con qué acento dice Ud. eso.... Desgraciadamente hai una razon poderosa que impide que vaya Ud. acompañado de su perro; i voi a hacérsela conocer. Mi esposa tenia una hermana menor a quien amaba mucho; un dia la infeliz fué mordida por un perro; curaron la herida como si fuera de un carácter comun, se cicatrizó; pero un mes mas tarde se declaró una horrible enfermedad; corrimos a los médicos; era demasiado tarde. La pobre jóven habia sido mordida por un perro rabioso; murió presa de terribles convulsiones despues de horribles sufrimientos. Desde aquella época mi mujer detesta toda la raza canina; ver un perro, aun de léjos, basta para producirle un ataque terrible de nervios; un ladrido la hace temblar i palidecer; le diré a usted mas todavía, si por casualidad se habla de un perro delante de ella, se la ve cambiar de color inmediatamente; sus ojos se trastornan i solo al cabo de un rato i con el auxilio de un pomo de sales vuelve en sí. Todo esto es extraño; pero es desgraciadamente cierto. Mi mujer es una pobre enferma, lo sé, i muchos sabios médicos han tratado en vano de curarla. El mal

es de los que no tiene remedio. Todo lo que puedo hacer es tributarle toda clase de cuidados i cariños, i de evitar las emociones que la hacen sufrir tan cruelmente. Ya sabe Ud., pues, señor Raymond, por qué le dije que no era posible que llevase Ud. a su perro consigo.

El ingeniero estaba extremadamente pálido; exhaló un suspiro i exclamó tristemente:

—La fatalidad me persigue, señor; mis mas ambiciosos sueños no me hicieron esperar jamas una posicion tan brillante como la que usted me ofrece, i que me veo obligado a renunciar.

—¿Qué dice Ud.?

—Ya lo habia manifestado a Ud.; no me separaré nunca de mi pobre perro, de mi fiel Medoro.

—¡Pero, Antonio, lo que haces es una locura! exclamó Dumont.

—Yo comprendo todo el cariño que pueda sentirse por un animal, dijo Darneton; pero lo que no comprendo, señor Raymond, es que Ud. no tenga valor para hacer un sacrificio necesario i salir de la desagradable situacion en que se halla.

—Mi querido Antonio, el señor Darneton tiene razon; parece-me que entre tu porvenir, tu fortuna talvez, i tu perro no hai vacilacion posible.

—Por eso no he vacilado, Dumont.... ustedes encontrarán sin duda que mi conducta es ridícula, insensata; lo es aparentemente; pero nó en realidad. El separarme de un perro, de un animal, el abandonarlo cuando la necesidad lo exige, es fácil, dirán ustedes. Pues bien, eso es un error. Hai vínculos sólidos que ligan a veces a una pobre bestia con un hombre de tal modo que nada puede separarlos; ellos han sufrido juntos; en los momentos de mayor dolor la bestia ha consolado al hombre, i éste ha contraído por esto una deuda sagrada.

Bien me dice mi corazon que puedo ser ingrato sin ser culpable; pero mi corazon desaprueba esa voz; porque el pobre Medoro no es para mí únicamente un perro bueno, fiel, un verdadero amigo, sino todo lo que me resta de una muerta adorada; él es su recuerdo. Mi mujer lo crió, creció junto a ella. Cuando me veia obligado a separarme por uno o mas dias, lo que ocurría a menudo, él era su guarda fiel. Cuando yo retornaba, corria por delante de mí, i me conducía a su ama con aire de triunfador, pareciendo decir: "No te fastidies mas; héle aquí." Era la época de los dias felices. La desgracia entró a su turno mui pronto i mi mujer murió.

La acompañé al cementerio entre mis sollozos i mis lágrimas. Medoro se habia quedado encerrado, rompió la puerta de su prision para reunirse a mí i acompañar tambien a su ama querida a su último asilo.

¡Pobre animal! me dirigió una mirada suplicante que no tuve valor para despedirle; caminaba a mi lado, detras del sarcófago,

lentamente, con la cola caída, la cabeza inclinada i triste la mirada; cuando colocaron la caja en la fosa, los sepultureros se vieron obligados a amenazarle i rechazarle para impedir que se precipitase en ella.

El ingeniero estaba tan conmovido que se vió obligado a interrumpirse; gruesas lágrimas trazaban dos líneas húmedas en sus mejillas pálidas. Tomó su pañuelo i lo llevó a los ojos con un movimiento febril.

Su amigo i el señor Darneton, ámbos mui conmovidos tambien, le tomaron las manos, i se las estrecharon silenciosamente.

—¡Oh! hai cosas que no se olvidan jamas! prosiguió Antonio. No es esto todo. Despues de la ceremonia fúnebre fuí conducido a casa por algunos amigos que me dirijian en vano palabras de consuelo.

Ya mui tarde de la noche noté que Medoro estaba ausente: le llamé, le busqué por toda la casa, por el jardin i sus alrededores; nadie le habia visto desde por la mañana; Medoro habia desaparecido. Volverá esta tarde, o mañana, pensé, i no me ocupé mas de él. A las doce del dia siguiente aun no habia vuelto; confieso que me inquieté vivamente. Salí a buscarle de nuevo, i en vano recorrí dos o tres veces el pueblo; al fin, a eso de las cinco de la tarde, ántes de retirarme a casa, entré en el cementerio para arro- dillarme por algunos momentos junto a la tumba en que yacia mi felicidad. Allí fué donde encontré a Medoro, tendido en el suelo, i exhalando quejas que parecian sollozos. Al reconocerme, su abatida mirada se animó, dejó escapar un sordo jemido, despues se levantó i se puso a escarvar la tierra con las manos i la boca. Ya habia hecho un agujero suficientemente grande en que cabia casi todo él. Vamos, ven, le dije. Me siguió; pero noté que lo hacia mas por obediencia que por voluntad. Encontré al guarda del cementerio. “Es Ud. mui afortunado en podérselo llevar con tanta facilidad; ayer i hoi traté varias veces de hacerle salir de aquí, pero no ha habido modo de conseguirlo, i aun me parece que si me hubiera acercado demasiado me habria devorado.” Me detengo aquí, señor Darneton, porque he abusado demasiado del tiempo de Ud.; pero no quiero irme de aquí sin explicar a Ud. mi conducta. I permítame Ud. creer que con lo que acabo de decirle me justifico a sus ojos.

—¡Oh! sin duda! La conducta de Ud. no revela sino un corazon jeneroso, dijo Darneton, i es lo que mas pena me da.

—Veamos Antonio, le dijo su amigo, reflexiona bien ántes de rechazar la oferta del señor Darneton. ¿Sabes tú acaso si volverás a encontrar una parecida? Sin duda que lo que te se pide es una cosa pesada; pero tambien es cierto que hai separaciones mucho mas crueles que esa, dejando a un lado la que impone la muerte, puesto que no hai medio de evitarla; los marinos pasan a veces años enteros léjos de su familia, de sus mujeres, de sus hijos, no se van por cierto con el corazon rebozante de alegría, i

sin embargo se van a la merced de Dios. Oyeme, se me ocurre una idea, confíame tu perro, te prometo cuidarle esmeradamente, él quiere mucho a mi mujer, i no lo pasará mal en casa. Dentro de cierto tiempo te lo llevarás contigo.

—Creo que la proposicion del amigo de Ud. lo deja todo perfectamente arreglado, dijo Darneton; i, ademas, como tendrá que venir muchas veces a Paris durante el año, Ud. podrá juzgar si su perro se considera feliz en casa de su amigo.

Antonio empezó a flaquear, i Dumont agregó algunas palabras mas que le acabaron de decidir. Consintió en irse.

IV.

Hace ocho dias que se halla Antonio en Burdeos; este breve tiempo le ha bastado para ponerse al corriente de todas las operaciones de la fundicion i para sustituir a Darneton; éste, que se considera mui dichoso por haber encontrado al fin un hombre intelijente i probo con quien contar como consigo mismo trata a Antonio como a un miembro de su familia.

El jóven está satisfecho; no puede pedir mas, su agradecido corazon está todo dedicado a su bienhechor; pero, sin embargo, no es feliz. No puede serlo, porque el recuerdo del pasado está ahí, vivo. Nada podria reemplazarle lo que ha perdido. Tiene horas de profunda tristeza en las que en vano procuran distraerle los que le rodean: miéntras está en su compañía parece ceder, mas al verse de nuevo solo, retornan los sombríos pensamientos i sus ojos se humedecen; de noche, sobre todo, cuando todo duerme i calla a su alrededor, es cuando se entrega por completo a su dolor. Parece que experimenta un secreto placer en hacer desangrar las llagas de su corazon.

La casa de Darneton, contigua a la fundicion, está edificada frente a una ancha calle, sembrada de hermosos árboles; se compone de un edificio principal de dos pisos, i de dos alas principales de un piso en forma de pabellon; éstos, aunque comunicados con el cuerpo principal del edificio, tienen una salida independiente a una callejuela dedicada al servicio de la fundicion.

Uno de estos pabellones sirve de vivienda i oficina a Antonio; éste acababa de entrar en ella, es tarde; pero como no siente el menor deseo de dormir, abre la ventana de su cuarto i se apoya en el balcon; el cielo está cuajado de brillantes estrellas; la brisa de abril acaricia su rostro, trayéndole el perfume de las tempranas flores. La luna acaba de salir i sus rayos arjentados despiden una pálida claridad. Todo está silencioso a su alrededor; a veces, sin embargo, de tiempo en tiempo, el ruido lejano de algun carruaje llega a sus oidos, i miéntras la ciudad de los jirondinos se duerme por completo, su pensamiento le domina dulcemente i le sepulta en su sueño habitual.

De repente parécele escuchar un jemido, un grito plañidero, particular, que reconoce; levanta la cabeza i escucha.

Pero se ha equivocado; sin duda que es juguete de una ilusion. Ha creido escuchar la voz de Medoro. ¡Es imposible! ¡Oh! nó. ¿No ha dejado su perro en Paris, al cuidado de su amigo? No importa, no puede dejar de experimentar ciertas dudas; su corazon se ajita, i hasta retiene su respiracion para escuchar mejor.

Un nuevo quejido, algo mas fuerte, se deja oir. Esta vez Antonio no duda mas; está seguro de no equivocarse: es Medoro que le llama, Medoro que se ha escapado, burlando la vijilancia de Dumont i que ha seguido la pista de su amo hasta Burdeos.

Antonio se lanza fuera de su cuarto, baja rápidamente la escalera i abre la puertecilla que da a la callejuela. Medoro está ahí i ve a su amo.

Al instante su alegría se manifiesta con saltos prodijiosos; se entrega a las mas extravagantes manifestaciones, no respeta ni la ropa, ni el rostro de su amo; como lo ha encontrado, cree que todo le está permitido.

—Basta, basta, le dice Antonio; ¡vamos! cálmate, i, sobre todo, cuidado con ladrar porque estaríamos perdidos. El dócil animal se acuesta entónces a los piés de su amo, i en seguida se levanta a una señal de éste que lo guia a su cuarto.

Medoro experimenta un nuevo raptó de alegría, que su dueño no tiene el valor de impedir; el ingeniero piensa que su perro debe tener hambre i sed; sale un instante i vuelve cargado de provisiones.

Miéntras que Medoro cena alegremente, Antonio reflexiona. ¿Qué hará de él? porque el caso es grave i la situacion extremadamente embarazante; la idea de separarse por segunda vez de Medoro por supuesto que no le ocurre; lo que trata, por el contrario, es de encontrar el medio de conservarlo a su lado sin que noten su presencia en casa de Darneton; cuenta mucho para esto con la intelijencia del perro, pero éste puede distraerse i venderse; un ahullido, un grito, lo echaria todo a perder, i comprende al mismo tiempo que es imposible condenar a un perro a una prision i silencio perpetuos.

Entre tanto Medoro, que ha concluido su cena, viene a lamer la mano de su dueño i se tiende en seguida sobre una alfombra, en donde no tarda en dormirse. Las reflexiones a que se entrega Antonio perturban algo el placer que experimenta por ver de nuevo a su fiel amigo; al fin toma una decision; se lo dirá todo a Darneton porque no quiere recibir una reconvencion de su patron: su carácter, por otra parte, le impide toda clase en engaños i astucias arteras. Todo lo falso le repugna.

Levántase temprano al dia siguiente i va a ver a Darneton que trabaja en su gabinete; éste le hace tomar asiento i le pregunta sonriéndose el objeto de su visita matinal; Antonio le manifiesta lo ocurrido la noche anterior.

—¡Pobre animal, exclama, cuán grande es su amor por usted! ¡Qué admirable instinto! Sí, arrojarle, alejarle ahora sería sin duda una acción odiosa; i no me siento con valor para pedir a usted ese sacrificio. Mas, ¡qué haremos para conservarle! Veremos; sin duda encontraremos algún medio. Tenemos quince días para pensarlo; mi mujer parte hoy con su hijo; va a pasar dos o tres semanas en el campo con una de sus amigas; la invitación ha sido oportuna, pues nos da tiempo sobrado para pensar lo que debemos hacer.

Al día siguiente los empleados i obreros de la fundición veían, estupefactos, correr i saltar alegremente un perro por el patio de la casa de Darneton.

EMILIO RICHEBOURG.

(Concluirá.)

MOISES.

(POEMA DE ALFREDO DE VIGNI.)

A mi querido amigo, presbítero don Ramon Anjel Jara.

I.

El sol rozaba con las tiendas blancas,
Su rayo moribundo i declinante
Cendal dorado que en los aires deja
Cuando en lecho de arenas va a acostarse,

Revistiendo su pálido reflejo
La campiña de púrpura i de jalde.
Moises, hombre de Dios, trepa en silencio
De Nebo el monte en su tristeza grande;

Se detiene, i tranquila la mirada,
Por el vasto horizonte humilde esparce.
Distingue a Phasga envuelta en sus higueras
I sentados al borde de los valles,

Galad i Manases i Efrain mira
Entre vegas risueñas i feraces,
I arrullando a Judá, la mar dormida
En sus yermos i extensos arenales.

Mas allá tiembla Neftalí en la sombra
Al rumor de sus tristes olivares
I en su planicie de odorantes flores
A Jericó abanicán los palmares,

I hasta Segor sus bosques alcanzando,
Phogor extiendes sus colinas suaves.
Vió la tierra feliz que su sepulcro
No admitirá jamas; Moises lo sabe;
Triste miró; su mano a los Hebreos
Tendió potente i prosiguió adelante.

II.

En tanto el campo de Moab llenando
Reunido al pié de la montaña santa,
Como mies sacudida por el viento
Israel en el valle se ajitaba.

Desde la hora en que el prístino rocío
La sed de las arenas fresco apaga
I columpia sus perlas temblorosas
Que la noche lloró sobre las ramas,

A hablar con el Señor habia partido
El anciano profeta, triste el alma,
I a los rayos de luz de su cabeza
Seguia el pueblo aun con la mirada.

Moises alcanza la sublime cumbre
I a la nube de Dios su frente horada
Que el monte de relámpagos corona
I de silencio i misteriosa calma.

Arde el incienso en el altar de piedra
De las espiras por el sol doradas
A la sombra; las frentes en el polvo
Los cantares de Dios el pueblo canta.

Los hijos de Leví sobre las turbas
Con sus arpas los cantos acompañan
Entre arenal revuelto semejando
Un bosque de ciprés que se levanta.

III.

I ante el Dios de Siná de pié el profeta,
Cara a cara le habló en la nube oscura:
—Señor: ¿mi vida inquieta
Jamás acabará? Viví potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.
¿Qué os hice yo, Señor, para que hicieseis
De mí vuestro elejido?
Vuestro pueblo llevé do lo quisisteis,
Llegó, por fin, al suelo prometido.
De vos a él la mediación divina
Que otro acepte por mí; que enfrene otro
De ese Israel el indomable potro,
I yo le lego entónces
Mi libro i mi inmortal vara de bronce.

IV.

¿Por qué quisiste la esperanza mia
De ser hombre feliz en mi ignorancia,
Desvanecer un día,
Ya que del Nebo hasta la roca fuente
Tumba no halle para mi helada frente?
Sabio entre sabios, del errante pueblo
Los pasos dirijí; sobre los reyes
Mi voz hizo llover lluvia de fuego
I el porvenir mui luego
Arrodillado adorará mis leyes.
Abrí la tumba del mortal primero
I la muerte en mi voz halla un acento
Profético i austero.
Soi grande, soi mui grande,
Mi pedestal coloso
Que ante mi sér anonadado yace
Son pueblos i naciones:
Mi brazo poderoso
Jeneraciones mil hace i deshace.
Viví, Señor, potente;
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

V.

De los cielos penetro los secretos,
Mando a la noche desplegar sus alas
I a mis ojos pretasteis
La fuerza de los vuestros
Con que al principio al caos inflamasteis.
Por su nombre he contado las estrellas
I a un leve signo de mi mano alzada
Cada una se presenta apresurada.
I mis manos impongo
Del nubarrón en la abrasada frente
I arrancó de su seno
De las tormentas la espumosa fuente.
Entrego las montañas
A las alas sin rumbo de los vientos,
En arenas sepulto las ciudadés
Convertidas en yermas soledades.
Es mi planta más fuerte que el espacio,
I el río de las aguas sin barrera
A mi paso detiene su carrera
I sus líquidos montes conjelados,
Son de mi pueblo colosal palacio,
I hasta su voz bravía
Calla aterrado al escuchar la mía.
Mi pueblo sufre i vuestras leyes pide;
Alzo mis ojos; vuestro sér sublime
Llena mi sér, i ante mi voz tranquila
Se vela el sol; la inmensidad vacila;
Los ánjeles celosos
A mi alrededor anonados jirán
I os miran i me miran i se admiran.
I, Señor poderoso,
En mi gloria i poder no soi dichoso.
Me hiciste envejecer; grande i potente,
Profunda soledad mi vida encierra,
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VI.

Así que vuestro soplo
Llenó al pastor en medio a su rebaño
Los hombres se miraron
I dijeron:—¿quién es?—nos es extraño.
I los ojos bajaban

Ante los míos do chispeaba un fuego
Que les mostraba en mi mirar sombrío
Algo mas que mi alma,
Mas que el antiguo pensamiento mio.
La amistad i el amor me abandonaron
I temiendo morir si las miraba
Las vírjenes huían
I miedosas al verme se escondían.
Envuelto entónce en la columna negra
Mi sér olvido, mi esperanza inmolo
I camino ante todos
Triste en mi gloria i en mi gloria solo.
I dije al corazón: ¿qué busco ahora?
Para dormir soñando sobre un seno
Mi frente es mui pesada;
Mi mano deja el hielo
En la mano que toca,
En mi acento retiembla la tormenta
I fulgura el relámpago en mi boca.
I así léjos de amarme
Hélas allí temblando anonadadas
I cuando abro mis brazos
Caen a mis plantas mudas i aterradas.
Viví, Señor, potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VII.

Temiendo el pueblo en tanto
Del Dios celoso las tremendas iras
Oraba, sin mirar el monte santo,
Que si alzaba la vista un punto solo
La tempestad bravía
En la nube sus rayos revolvía.
I sus chispas ardientes
Quemaban las miradas
I abrasaban las frentes
En el polvo temblando sepultadas.
Reapareció mui pronto
El monte sin Moises... El pueblo entónce
Al profeta lloró. Palideciendo
Josué, abrumada la inspirada frente
Guiaba al pueblo al suelo prometido:
Era ya el elejido
Del Dios de Sabahot omnipotente.

Santiago, 5 de setiembre de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

PENSAMIENTO.

Por dos rostros de mujer,
Enlazados con un beso,
Van caminando dos lágrimas
En misterioso descenso.
Se aproximan, se retratan
Mútuamente en sus espejos,
I este diálogo sencillo,
Temblando, comienzan luego:
—¿Cómo te llamas?— *Miseria.*
—¿I tú?— Me llamo *Consuelo.*
I al reconocerse, en una
Sola se funden sonriendo.
—Nuestro camino es el mismo.
—¿A dónde vamos?— ¡Al cielo!

Santiago, noviembre 22 de 1875.

FEDERICO CERVI.

EPIGRAMAS.

Me han dicho, Antonio, i no es trama,
Que tú has hecho un epigrama;
¡Por la fé de Belzebú!
No me admiro, porque es fama
Que eres epigrama tú.

—“¡Pues qué! tengo papel i tengo pluma;
Tengo lo que otros tienen: tengo dientes,
Ojos, boca, nariz, manos, en suma,
De escritor cualidades excelentes.
No mas oscuridad que ya me abruma,
Quiero la gloria que orna nobles frentes,
Quiero fama i un nombre.” Pensó Antonio,
I escribió i ¡tuvo fama!.... de bolonio.

Santiago, 23 de diciembre de 1875.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ,

EL TIEMPO.

¿No has visto niño del alma
Cuando el sol muestra sus rayos
Una gota de rocío
Sobre un capullo temblando?
Pues esa gota es el tiempo,
El tiempo que pasa ufano
I deja a la flor, la vida,
La juventud, el encanto;
I allá, cuando el sol se pone,
¿No has visto un insecto raro
Que del cáliz de otra flor
Los pétalos arrancando
Con crueldad, se regocija
Destruyéndola inhumano?
Pues es el tiempo también,
El tiempo que va pasando,
I deja a la flor marchita
El dolor i el desengaño.
Tiempo en la niña es rocío.
Es insecto en el anciano.

FEDERICO CERVI.

EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA
ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A
LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

Habiendo leído con algun cuidado el primer tomo de esta obra, me figuré que entre su autor i su editor pasó, o pudo pasar, el diálogo siguiente:

HERMOSILLA.—Vamos, señor Salvá, dgíame Ud. con franqueza que le ha parecido mi *Juicio crítico*, i si está en ánimo de encargarse de su impresion.

SALVÁ.—Si con franqueza lo he de decir, me ha parecido un elogio exajerado de Moratin i una amarga diatriva contra Melendez bajo el disfraz de un título en que descubro ademas no pocos visos de superchería.

H.—¿Elogio exajerado? ¿Superchería? ¿Qué es lo que Ud. dice?

S.—No se enfade Ud. que yo me iré explicando. ¿No es elogio exajerado de Moratin no encontrar en todas sus obras sino media docena de pecados, ménos que veniales, pintarle siempre como el poeta de los poetas, i el modelo de los modelos, apurando en su alabanza cuantas frases i exclamaciones tiene nuestra lengua, i repitiendo a cada paso: *Esto es lo que se llama poesía. En esta composicion todo es sublime, perfecto, inimitable. No hai nada igual en nuestro Parnaso?* ¿No deberá llamarse diatriva contra Melendez un escrito en que se ve claro el empeño de encontrar defectos en sus obras, ya con ridículas cabilaciones i quisquillas gramaticales, ya suponiendo plagios que no cometió, ya disputando sobre si tal composicion que llama *oda* debe llamarse *cancion* o *silva*, ya sobre si el encuentro de ciertas sílabas es o no mal sonante, ya acusando este verso de prosaismo, aquel de galicismo, i ya, en fin, diciendo ¡cosa rara! que tal romance es bueno, pero un poco largo, i que el otro no es malo, pero tiene cosas que a Ud. no le gustan, sin decir cuáles son? ¡Ah, señor Hermosilla! Este pueril i mezquino compas de los gramáticos no es la pauta por la cual debe juzgarse a los poetas como Melendez. La viveza de las imágenes, la oportunidad de las comparaciones, los arrebatos de una fantasía lozana sin extravagancia, la belleza i dulzura de la versificación, la naturalidad i ternura de los afectos, i sobre todo la impresion que deja en el ánimo i el halago que produce en el oido la reunion de todas estas dotes, eso es lo que constituye la esencia i la excelencia de la poesía. ¿I qué valen en tal caso los reparos minuciosos de los gramáticos? ¿No desaparecen como el humo a la simple lectura de una estrofa en quien tiene alma que sienta, imaginacion que exalte, i oido que perciba la música de los buenos versos?

¿I qué diremos de la que Ud. llama *doctísima crítica* de las obras de Moratin, hecha por don Juan Tineo, i que sirve como de introduccion a la obra de Ud.? Si en ésta recae la censura sobre las miserables menudencias que dejo indicadas, aquéllas por el contrario se reduce a encomios desmedidos i rotundos de su ídolo, i a sangrientas invectivas i acriminaciones contra Melendez i su escuela. Tales i tan absolutas jeneralidades merecen alto desprecio, i solo prueban que el trascurso de veinticinco años, durante los cuales tantos i tan grandes intereses i vicisitudes han ajitado el ánimo de los españoles, no ha sido bastante a endulzar en el suyo la hiel i el encono con que la pandilla que rodeaba el pedestal de Moratin, a principios de este siglo, se ocupaba en zaherir a la escuela de Melendez. ¿I qué refutacion cabe de las majistrales sentencias de Tineo, cuando las presenta sin otro apo-

yo ni razon que su dicho? ¿Qué obras nos ha dejado Tineo para que por ellas podamos juzgar del peso i acierto de sus decisiones? ¿En qué títulos se funda la autoridad que presume deber reconocer los lectores en sus fallos doctorales? Todo el contexto de su *doctísima crítica* no rebosa mas que cólera i veneno. No quiere que Melendez haya escrito un solo verso mediano, i al hablar de la dedicatoria que precede a *la Mogigata* de Moratin, se irrita con éste porque dice, que habiendo querido

..... *la voz imitar i la armonía*
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitió del Zurquen,

vino la musa de Menandro i le quitó con enfado la cítara i flautas pastoriles, diciendo que su talento no era a propósito para tal empresa. ¿I qué dice a esto don Juan Tineo? Que Moratin hizo esta confesion por pura modestia. Yo conocí i traté a Moratin, señor Hermosilla, i sé mui bien que la modestia no era su virtud dominante. Ud. debe tener tambien hartas pruebas de ello, i por si las ha olvidado, bastará que yo le recuerde aquel romance, dirigido al conde de Floridablanca, pidiéndole un beneficio, i en el cual, a pesar de ser todavía mui jóven, dice al ministro que espera de él su felicidad, porque el cielo tiene reservado a su gobierno

Hacer flores las letras
I dar favor a los sabios.

¿Qué tal? ¿No es admirable la modestia de Moratin? Pero supongamos que por modestia confesó no poder llegar a competir con Melendez en los jéneros que este cultivó ¿cabe modestia en asegurar que se propuso imitarle? ¿Trata nadie de imitar lo que no tiene por bueno? Luego Moratin no tenia de Melendez la opinion que su panejirista, sucediendo con los entusiastas de aquel ilustre escritor lo que se decia de los palaciegos de Luis XVIII, que eran mas realistas que el monarca mismo. Yo aprecio mucho a Moratin, i Ud. lo sabe; pero esas alabanzas tan encarecidas con que Tineo i Ud. se empeñan en remontarle a la mas empinada cumbre del Pindo, le perjudican, léjos de favorecerle, pues dan ocasion a que ofendido alguno de esa escandalosa parcialidad le ajuste las cuentas tan menudas que no quede mui bien parado.

H.—No negaré que acaso Tineo i yo nos hayamos excedido algun tanto en los elojios de nuestro amigo, i en cargar la mano a Melendez con sobrada severidad; pero de esto a *superchería* hai una gran distancia, i confieso que esta palabrita me ha picado. ¿*Superchería*? Si Tineo viviera. . . .

S.—No la apliqué yo a Tineo. Este buen señor francamente i sin ambages dijo: *segun mi modo de entender, Moratin es el primer poeta del mundo, i Melendez el mas despreciable.* Ya ve Ud. que

esta jeneralidad a nadie convence. Escritos de igual naturaleza, aun cuando lo sazone la sal i pimienta de la sátira mas fina, llaman talvez la atencion momentánea, sepultándose a poco tiempo en la oscuridad del olvido, miéntras la fama del hombre célebre, a quien en ellos se intentó deprimir, crece con los años i ocupa siempre en la estimacion pública el digno lugar a que supo elevarse. Pero Ud. no se ha conducido con tanta franqueza, i perdone que se lo diga. Ud. vendiéndose por amigo de Melendez, i refiriendo hechos i jestionés que lo indican, disimula hipócritamente su malquerencia, le trata con visible parcialidad en su Juicio crítico, i quiere que aparezca este opúsculo como una obra desapasionada, i escrita para instruccion de la juventud. ¿Qué instruccion han de sacar los jóvenes de la lectura de un libro en que se pinta a Moratin como un gigante i a Melendez como un pigmeo, en que el crítico tiene ojos de lince para hallar defectos en éste, i los tiene de topo para no distinguir en aquél la mas leve mácula?

H.—Poco a poco con eso, señor Salvá: yo no hablo al aire, como Tineo, ni censuro por el empeño de censurar. Doi razon de mi dicho i le apoyo siempre en sólidos fundamentos. I sino, veámoslo: ahí está el manuscrito.

S.—Enhorabuena. Empezando por las anacreónticas, dice Ud. que en la estrofa sexta de la segunda se encuentran dos defectos. Dice así:

Tú de las roncas armas
No oirás el son terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.

Es el primer defecto no aparecer con claridad si las sirtes braman en mal seguro leño, o si el embarcado en él es quien desde allí las oye bramar. ¿No es esta una duda voluntaria i sin viso de razon?

El segundo defecto consiste en que las sirtes, que son unos bancos de arena, no braman, pues las que braman son las olas que en ellos se estrellan. Aquí se olvida Ud. de que la primitiva i jeneral acepcion de la voz *sirtes* es la de peñascos combatidos por las olas, i no hai cosa mas comun entre los poetas antiguos i modernos, que pintarlas como unos mónstruos, que con sus bramidos aterran a los navegantes deseando devorarlos. ¿No es fuerte cosa que por el ansia de hallar defectos a Melendez se empeñe Ud. en condenar hasta los ladridos de Escila i Caribdis?

H.—Cuando las metáforas están ya tan autorizadas....

S.—No me interrumpa Ud., que luego hablará cuanto quiera. En la preciosa anacreóntica A UNA FUENTE (páj. 198) reprueba Ud. que Melendez diga *amable sueño* porque este adjetivo solo se aplica a las personas. Podrá ser cierta la observacion segun el

estricto rigorismo gramatical; pero no sé yo porque no ha de poder aplicar un poeta el adjetivo *amable* en ese i otros casos en el sentido de *grato* o *apacible*. Reprueba Ud. tambien que diga *ondosa culebra*, diciendo que esta calificacion solo viene bien a los fluidos, como el mar o el viento que son los que forman ondas; mas no a los sólidos como las culebras. Pues ¿qué no forman ondas ciertos caminos con sus sinuosidades? ¿No las forman las montañas, los pabellones, i otras mil cosas naturales i artificiales? ¿Puede estar mas propia i oportunamente aplicado aquel adjetivo que al movimiento ondulatorio de ciertos reptiles? Ya veo que segun el fallo de Ud. no podrán decir los poetas el *ondoso cabello*, pues tambien es sólido, i no líquido ni fluido.

Tacha Ud., por último, el encuentro de las sílabas *te te* del verso

Trasparente te lanzas,

i otras varias que descubre su lente crítico en las obras de Melendez. No diré yo que esta deje de ser falta reprehensible; pero ¿por qué no aplicó Ud. el mismo lente a las de Moratin? Sirva de ejemplo este verso suyo en la oda a Carlos III:

Hoi el cetro *te* ofrece.

Entre el *tete* de Melendez i el *trote* de Moratin no se advierte gran diferencia.

EL CONSEJO DEL AMOR.

En esta anacreóntica no tiene Ud. mas reparo que oponer que haber usado en ella Melendez la palabra *beso*, por cuanto representa con excesiva desnudez una idea voluptuosa.

H.—¿I qué? ¿Me negará Ud. que los poetas deben poner sumo cuidado en no presentar imágenes lúbricas, ni emplear expresiones que ofendan el pudor i hagan sonrojar a la inocencia?

S.—Léjos de negarlo, me parece mui laudable ese escrúpulo. Lo que extraño es que no ofendiese la delicadeza de su oído el impecable Moratin en estos versos:

*¡Ai! si benigna un dia
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto i flores.*

Esto es algo peor que el *beso*, i la expresion harto desnuda e indecente.

H.—¿Cómo? ¿Dónde está ese pasaje?

S.—Aquí lo verá Ud. en la *Oda a Nísida*, que enzalsa Ud. a las nubes, diciendo *que no la tiene mejor el mismo Horacio* (páj. 41).

H.—Hombre, es verdad. ¿Dónde tendria yo los ojos!

S.—No se apure Ud., que aun nos queda largo camino que andar.

A LA PRIMAVERA.

En esta i otras ocasiones critica Ud. que Melendez use de verbos neutros o intransitivos como si fuesen activos, desentendiéndose de que esta es una de las galas del lenguaje poético, reconocida por tal en todos los idiomas i naciones, cuando se emplea con juicio i buen gusto. En la composicion de que tratamos reprobaba Ud. que diga Melendez, hablando de las aves:

*Suspirando delicias
Por el bosque se pierden.*

Igual reprobacion le merecen las siguientes locuciones:

*De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro las bullía*

.....
*los jilgueros
Trinándole la alborada.*

En otro lugar, hablando Melendez con una madre sobre el cariño que tiene a su hijo, le dice que no hai

*Ternura que no le grite,
Ni bendicion que no le eche.*

Estas expresiones tan bellas i poéticas las censura Ud. con burla i rechifla, comparándolas con las frases culteranas *quiñar pasmos* i *jemir arrullos*, de que hizo mofa Tomé de Burguillos. ¡Cuán ciego es preciso estar para no echar de ver la diferencia!

Al recorrer mas adelante la oda de Melendez AL AMOR CONFESÁNDOSE RENDIDO, en la cual dice que su verso

Solo suspira amor,

vuelve Ud. a machacar sobre el absurdo de hacer transitivos los verbos neutros, reproduciendo el *jemir arrullos* i el *quiñar pasmos*, i añadiendo que aquella expresion está copiada de Boileau, que dijo:

les amours, que soupirait Tibulle,

i concluye Ud. con el chiste de que en España no podemos *suspirar amores*. Tanta lástima, créame Ud., merece quien no siente la ternura i belleza de aquella expresion, como desprecio si percibiéndolas la moteja por pura molevolencia. Lo mas reparable es, que ora fuese por ignorancia, ora por tildar a Melendez de plajiaro, cita Ud. en falso a Boileau, el cual no dijo que *Tibulo suspiraba amores* sino *versos*.

H.—¿Cómo que nó?

S.—Lo dicho, dicho. Aquí está el mismo Boileau que no me dejará mentir.

*Ce n'était pas jadis sur ce ton ridicule
Qu'amour dictait les vers que soupirait Tibulle.*

Algo mas atrevida es la expresion metafórica de Boileau que la de Melendez por la mayor analogía que tienen los suspiros con *los amores* que con *los versos*: siendo digno de observar que siempre ha merecido a los franceses grandes elogios aquella expresion, a pesar de que el verbo *soupirer* es tan neutro e intransitivo en su idioma, como el *suspirar* en castellano.

Es tal, sin embargo, la obstinacion de Ud. en no conceder a los poetas la libertad de emplear como activos los verbos neutros, que estampa los siguientes clausulones (páj. 207): “I para que no se dude que esta disparatada licencia no es un lejítimo engalanamiento de la poesía, sino un abuso detestable i perjudicial, SÉPASE que ni Homero entre los griegos, ni Virjilio entre los latinos, *ni los demas poetas de ámbas naciones*, hicieron jamas transitivos los verbos neutros de sus respectivas lenguas. ¿Cómo habian de cometer semejante solecismo? Las reglas principales de la gramática (i una de estas es la que distingue los verbos neutros de los transitivos) cuando una vez están sancionadas por el uso jeneral, uniforme i constante, son inviolables, i el quebrantarlas un delito capital en el código literario. Insisto e insistiré todavía en este punto, porque veo con dolor que esta licencia o mas bien este reprehensible abuso, introducido i autorizado por Melendez, i llevado al extremo por Cienfuegos, ha corrompido ya en pocos años nuestra hermosa lengua, i acabará con ella dentro de poco si se tolera i aplaude.”

H.—Sí, señor: lo dije i lo diré siempre. Es un escándalo, una calamidad lamentable.

S.—No se aflija Ud., señor Hermosilla, ni nos atemorice con sus pronósticos i anatemas, dictados por el ciego espíritu de partido. Siento no haber tenido tiempo para averiguar si los poetas griegos fueron tan observantes de ese rigorismo gramatical, como Ud. asegura con tal majisterio; pero entre tanto sírvase decirme si reconoce a Lucano por poeta latino.

H.—¿Quién lo duda?

S.—Pues oiga Ud. estos dos versos de la Farsalia:

Quique nec humantes nebulas, ne rore madentem
Aera, nec ventos tenues suspirat Anauros (lib. 6.)

H.—A ver. . . sí, verdad es; pero ya Ud. sabe que Lucano no se cuenta entre los poetas del siglo de oro, i. . . .

S.—Poco a poco. ¿I Tibúlo i Juvenal son buenos textos?

H.—Eso es otra cosa. Vaya ¿a qué no usaron ellos como transitivos los verbos neutros?

S.—Ya se ve. ¿Cómo habian de cometer semejante solecismo? ¿No es verdad? pues oiga Ud.:

Suspirant longo non visam tempore matrem (Juv., sat. 11.)
Quod si fortè alios jam nunc suspirat amores. (Tib., lib. 4, el. 5.^a)

¿Qué dice Ud. a esto, señor Hermosilla? ¿Tiene Ud. mas arbi-

trio que cantar la palinodia? Pues SÉPASE que las citas de casos iguales fueran en mayor número, a no haberme querido yo contraer al solo verbo de la disputa en que nos quiso Ud. presentar a Melendez como plajiaro de Boileau.

H.—Veo, amigo, que con los años flaquea la memoria en términos increíbles. I luego, como aquel Moratin era tan ríjido en la observancia de los fueros del lenguaje, i le tenia a uno tan imbuidas sus máximas de purismo. . . .

S.—Por eso sin duda se abstuvo de incurrir en ese crimen capital del código literario.

H.—Ciertamente.

S.—No será malo que Ud. me diga si reputa por verbos intransitivos a *crecer* i *arder*.

H.—¿Quién puede dudar que lo son?

S.—Pues ahora vea Ud. si están empleados como transitivos en los versos siguientes:

. . . . Cuyas ondas puras
Van a crecer del Tajo la corriente,
. . . . Las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama activa.

H.—En efecto, apostaré a que son de algun poeta de la escuela salmantina.

S.—No son sino de don Leandro Fernandez de Moratin. Los primeros se hallan en el idilio A LA AUSENCIA, del cual dice Ud. nada ménos *que es el mas hermoso i perfecto que tiene hasta el dia nuestro Parnaso*.

Los otros son de la traduccion de la oda de Horacio a Póstumo, acerca de la cual, i de las demas que vertió el mismo poeta en castellano, conviene Ud. con la opinion de Tineo en su *doctísima crítica*, quien repite igualmente el consabido fallo, *de que no las hai mejores en el Parnaso español*. ¿Cómo se ocultaron a la perspicacia de Ud. tales solecismos? ¿Tiene Ud. algo que contestar a esto?

H.—Sí, señor, i mucho. En el uso transitivo de los verbos *crecer* i *arder* no incurrió Moratin en el delito capital literario de alterar su naturaleza. No hizo otra cosa que cometer un arcaismo, pues tales verbos se usaron como activos antiguamente.

S.—No fuera esa mala contestacion, si Ud. mismo no la hubiera desvirtuado, cuando condenó a Melendez por haber usado como activo el verbo *bullir* en su anacreóntica DEL VINO.

H.—¿Pues qué dije?

S.—Tenga Ud. paciencia que ya lo estoi buscando. Estas son sus palabras (páj. 207): “No se me diga para disculpar a Melendez que el verbo *bullir* fué antiguamente transitivo i significó *mover* o *menear*, i de consiguiente que aquí no hai licencia, sino *arcaismo*. Porque entónces responderé: 1.º que este es uno de aquellos arcaismos que no deben usarse, i 2.º que la acusacion queda

la misma, pues siempre resulta que a un verbo, hoy neutro, se le hace transitivo por arcaísmo.”

H.—Confieso que tengo manía contra esa locucion antigramatical, i a no haberseme pasado por alto esos versos de Moratin, no hubieran quedado sin reprimenda.

S.—¿I qué hubiera Ud. dicho contra un pobre poeta que tuvo valor de escribir:

Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios ?

H.—¡Jesus! ¡qué desatino! Ese si que es gongorismo de primer orden. Diga Ud. si estaria mal aplicada a su autor la comparacion de *guiñar pasmos*, i si merece la zumba del buen Burguillos.

S.—Sin embargo, el verbo *reventar*, aunque la Academia lo califica de neutro, suele usarse tambien como activo, i en este caso la expresion podrá tacharse de hinchada; pero

H.—Nó, señor: aquí no hai disculpa. El verbo *reventar* se usa como activo, cuando significa *hacer que otra cosa u otra individuo revienta*. Así decimos: *al saltar la zanja reventé los pantalones; llegué en pocas horas, pero reventé el caballo*. Mas este es caso distinto, i en él es intransitivo el verbo *reventar*, o no hai verbos intransitivos en la lengua castellana. ¡*Reventar incendios!* Esto solo Cienfuegos ha podido decirlo en los tiempos modernos. El solo es capaz de incurrir en un crimen tan capital, en un abuso tan abominable.

S.—Nó, amigo: no ha sido Cienfuegos el reo, sino Moratin.

H.—¡Cómo! Eso es increíble.

S.—Véalo Ud. aquí en la ELEJÍA A LAS MUSAS, que con suma complacencia nos has copiado íntegra (páj. 145) sin faltarle punto ni coma: por cierto que la encarece Ud. hasta el extremo de decir que no hai palabra en ella que no haya salido del corazon, *i que es la mejor en su línea que tiene nuestro Parnaso*.

H.—No lo puedo negar. Algun demonio me cegó cuando hice este exámen.

S.—El demonio de la pasion, bajo cuya influencia está escrito ese libro desde la portada a la fé de erratas. Con Moratin siempre entusiasmado hasta perder el seso; con el pobre Melendez tan escrupuloso, tan difícil

H.—¿Qué es eso difícil, señor Salvá? ¡Cómo se conoce que ha vivido Ud. en Paris muchos años! Ese es un galicismo garrafal, i no de los lijeros de que alguna vez acusó a Melendez; galicismo que en verdad no recelaba pudiese salir de los labios del autor de una gramática de la lengua española. ¿Se rie Ud.?

S.—¿Pues no me he de reir?

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Continuará.)